

## Bolívar y el ideal americano <sup>(1)</sup>

Por Carlos Lozano y Lozano

La antigüedad helénica, enamorada de las fuerzas materiales y espirituales del hombre, fortalecida por la convicción de la plenitud vital, dispuesta siempre a exaltar todos los atributos que hacen extraordinario al sér humano, aun cuando impliquen extravíos excesos o desmesurados impulsos, creó el mito de Ares, dios belicoso y político revestido de una aureola campestre y primaveral, a fin de indicar que la guerra es fecunda en frutos y nuevas formas de vida, como la tierra misma; el de Atenea, nacido a la manera del rayo, del cerebro de Júpiter, para encarnar el ardor y el fuego del intelecto, y también la prudencia, la fortaleza y la perseverancia, que construyen las ciudades, hacen surgir las industrias y fecundan el trabajo por la virtud creadora del espíritu; el de Heracles, invicto y esforzado paladín de gigantescas empresas, dispuesto en todo instante a batirse con tremendos adversarios y dotado de una pujanza sin igual, que hizo de él la personificación espléndida del sentimiento heroico del vivir; y por último, el de Apolo, que fue el símbolo representativo de las más altas, bellas y amables cosas del universo, el padre de la luz, de la poesía y de la música, el oráculo de las vicisitudes de los hombres, la suprema encarnación de la viril gallardía y del equilibrio vital.

Nosotros, hijos de América, e hijos del siglo XX, adocotrados por la ciencia positiva, discípulos del experimento y del cálculo, nacidos en la edad de la máquina, no creemos ya en el mito y hemos derribado los ídolos. Pero en cambio rendimos nuestra inteligencia y depositamos nuestro fervor ante las realidades tangibles, que por su excelcitud y grandeza se imponen incontestablemente al respeto y avasallan el ánimo para la admiración y la alabanza.

Y he aquí que Simón Bolívar es, sin que podamos discu-

(1) Discurso pronunciado en el Instituto Saumartiniano de Colombia, en contestación al del Excelentísimo señor don Benjamín Carrión, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República del Ecuador.

tirlo, un genio titánico que aparece circundado de hechos portentosos y deslumbrantes acciones, como una síntesis humana de Ares y Atenea, de Apolo y de Heracles. La guerra y la fuerza, la fulguración del espíritu y la heroica prestancia, realizada por la estética de la personalidad, llenan su existencia, cuya órbita ilimitada recorre todas las provincias del universo intelectual y moral. Es, como los acabados varones de la vieja Roma, letrado y capitán, legislador y prócer, gobernante y tribuno, atleta y gran señor, austero y pródigo, cautivante en la conversación y terrible en la disciplina, escritor impecable y amigo de las artes y las ciencias, valeroso hasta la temeridad y prudente en su más cabal significación. Pero además, y por encima de todo eso, caballero andante y cruzado, hombre estremecido por aquel soplo extraño y frenético que tenían los varones del Renacimiento, dueño de una excepcional aptitud para hermanar la sublimidad con la elegancia, cosas todas éstas de que carecen los ejemplares latinos de Plutarco. Por eso, nuestra decidida voluntad de no creer sino en lo que hemos visto y tocado, de practicar aquel *privare e riprovare* que inmortalizó a Galileo, de disecar con nuestro escalpelo todo lo que ocupa el campo de nuestra propia psique, se estrellan ante la resistencia invulnerable que ofrece la personalidad del padre de la patria. Y por eso tenemos qué convenir, subyugados, en que este héroe autóctono realizó los atributos del mito y fue bajo los ropajes mortales de la existencia humana, aquello que los griegos llamaban un dios.

Mas dichas estas palabras que traducen fielmente una solemne afirmación de la conciencia colectiva de América, señalemos sus límites. Ciertamente no pensamos nosotros con Carlyle que "todas las cosas que vemos cumplidas en el mundo sean el resultado material externo, la realización práctica y la transmutación corpórea de pensamientos que crecieron en la íntima sustancia de los grandes hombres y que ellos derramaron por la tierra"; ni que "aquella vívida fuente de luz que alumbraba las tinieblas del planeta" y que según la vigorosa expresión del maestro, no es "tan sólo una lámpara encendida sino más bien una natural luminaria que resplandece por el don de las alturas", sea el determinante fundamental del destino de los pueblos; ni que la síntesis de una época pueda expresarse simplemente con el nombre de un héroe, cualquiera que sea la categoría a que pertenezca dentro de la clasificación del escritor británico.

No creemos eso, porque la América se incorporó a la pa-

rábola de la cultura occidental en un instante en que el pensamiento universal se orientaba hacia la concepción solitaria y colectiva de la existencia humana que llamamos democracia, y de acuerdo con la cual, si bien se le asigna al hombre individual una parcela invulnerable, cuyo recinto pueda expresar su propia personalidad y proyectar sobre los hechos y fenómenos circundantes el sello peculiar de su espíritu, también se postula como una verdad evidente la tesis de que toda etapa de la historia, y todo instante de la vida, es la resultante de una coalición de energías, de una integración de voluntades afines, aun en la diversidad y en el contraste, de una gravitación gigantesca de factores imponderables que crean los valores y grandezas de las sociedades humanas, a la manera como la suma de los elementos del átomo crean el cerebro de Goethe, la cordillera de los Andes o los diamantes del Transvaal. Y porque en la edad contemporánea un análisis positivo y científico del decurso entero de la historia ha venido a demostrar la inmensa e invaluable participación de las multitudes en la marcha de las cosas y en la estructura del mundo material, espiritual y moral, enseñándonos, por ejemplo, que en la sublime evolución de Florencia valen tanto los acentos de Petrarca y las imágenes de Leonardo, como las minúsculas tiendas de Calimala, del *mercato nuovo* o del *ponte vecchio*, en cuyas encrucijadas millares de obreros expertos en las artes mercantiles de la seda y de la lana creaban un imperio económico, donde pudiera florecer, entre mármoles y cantos, manuscritos y lienzos inmortales, la azucena roja, que hizo revivir a los ojos del siglo XV los prodigios del Atica excelsa.

Sin que ello quiera decir tampoco que aceptemos la tesis de la interpretación materialista de la historia, reconociendo con Marx "que en la producción social de su existencia los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un grado peculiar del desarrollo de sus fuerzas productivas materiales" y "que el conjunto de esas relaciones de producción constituya la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se eleva una superestructura jurídica y política, a la cual corresponden formas de conciencia social determinadas". Porque si fuera preciso tomar un partido en la vieja y apasionante querrela de saber cuál es el elemento primordial, el espíritu o la naturaleza, el pensamiento o el sér, la vida social o la conciencia, preferiríamos responder con Kant que "el mundo exterior recibe sus leyes de la razón", y con Schelling que "el espíritu per-

manecerá siempre como una isla a la cual no se podría acceder desde el océano de la materia, sino a condición de dar un salto".

Ninguna interpretación monista de la humanidad es aceptable, y por eso nosotros seguimos creyendo en el valor de los ideales éticos, y en el influjo extraordinario de las fuerzas morales e intelectuales, que un día determinaron el nacimiento del imperio romano de Augusto y otro día la caída de ese mismo imperio en Occidente y el triunfo del cristianismo, sin que la técnica de la producción ni las relaciones económicas hubieran sufrido anterior o simultáneamente cambio alguno. Y seguimos creyendo en esos factores, como seguimos creyendo en el maravilloso ascendiente de los pensadores y los héroes, entre otras razones porque en el desarrollo contemporáneo del marxismo y el comunismo, son sin duda los impulsos de orden espiritual, los sentimientos de protesta humana contra las crueldades y desproporciones de la organización social, los que precipitaron la más honda y grave de las revoluciones de la historia, la cual se cumplió en un medio absolutamente incapaz de contenerla y hacerla surgir, de acuerdo con los postulados del materialismo histórico y al través de un dilatado proceso de crisis que fecundaron con su heroísmo una legión de mártires y místicos, entre los cuales se destaca con subyugantes contornos aquella sublime Sofía Perowsky, que podría compartir con Carlota Corday el título bellamente monstruoso de "ángel del asesinato".

Si volvemos los ojos a nuestra propia gesta emancipadora, la corroboración de las afirmaciones anteriores brota espontánea y palpitante del conjunto de los hechos. No fueron en verdad sucesos de orden económico los únicos determinantes de la rebelión y la contienda, porque ha de confesarse con honradez que la república en nada sustancial cambió el sistema de la riqueza, a raíz de la independencia, y porque si bien reclamamos contra los impuestos confiscatorios y el monopolio comercial de la metrópoli no hicieron falta, sobre el curso y el resultado de la lucha obró con mayor vigor y eficacia el simple decreto sobre la guerra a muerte de Bolívar, que todos esos reclamos.

Ni fueron tampoco la personalidad sobrehumana de este caudillo, ni el equipo homérico de sus compañeros los motivos supremos o insustituibles de la epopeya. Si el máximo de nuestros capitanes hubiera caído víctima del hierro o del plomo la noche de Jamaica o la noche del Rincón de los Toros, sin duda el decurso de la revolución habría tomado

rumbos diversos, y puede casi asegurarse que la independencia se hubiera retardado con nuevas vicisitudes y complejidades. Pero el misticismo revolucionario de las montañas, el furor combativo y la abnegación de los hombres que dieron la carga de las Queseras del Medio y que pasaron el páramo de Pisba habrían dado cuenta del adversario en breve lapso. Eruditos historiadores y sociólogos de fuste han esclarecido suficientemente el problema, y han convenido, sobre la base de un cálculo del valor respectivo de las fuerzas en contraste, que la España de Fernando VII era impotente para reprimir el desborde de aquel huracán psicológico, que en forma avasallante sopló sobre las colonias americanas del hemisferio boreal al austral.

Pero de todas maneras, cuánta superioridad vital, qué culminación abrumadora de los caracteres del hombre, la que representa aquel Simón Bolívar, que en tres décadas de agobiante actividad se colocó a la vez al lado de un Alejandro y de un Cavour, de un Temístocles y un Richeleiu. En un siglo largo de alabanza reverente y de filial amor, parece que todo lo que es posible decir de él, estuviera ya dicho. Y sin embargo cada sondeo sobre el abismo de su personalidad revela inesperadas facetas y sorprendentes atributos.

De ahí que debemos rendirle culto. Y que desde las tierras fecundas donde corren el Iguazú y el Pilcomayo, hasta el suelo donde se eleva el ardiente Popocatepelt, haya todos los días quienes quemén el incienso y la mirra ante el mármol o el bronce que perpetúan las líneas de su envoltura física.

Cumplen por lo tanto una función social de orden superior las sociedades bolivarianas. Nada hay en estas doctas asambleas de convencional. Aquí no se llega por contagio gregario ni a virtud de las leyes de la imitación. Quienes se congregan a hablar de Bolívar, lo hacen por impulso ferviente, por imperativo de la conciencia, por devoción al solar donde nacieron y de cuyo polvo brotaron aquel cerebro y aquella mano que no hallarán pares en el decurso de nuestra historia, por larga que quiera suponérsela.

Una apreciación vulgar e insolente de la sociedad y de la vida, tiende a desconceptuar ahora el respeto por los muertos, la veneración por los fundadores de la patria, y el nacionalismo que estriba en el convencimiento de que la realidad de hoy es el don de los hombres de ayer, y el producto de una sustancia espiritual que fecunda la inercia de las cosas, y le da forma y contenido a la peregrinación de un pueblo al través de las edades.

Y un desaforado afán de novedad y una pedante sobreestimación de lo que vale y lo que puede el que se formó bajo el hálito contradictorio del pensamiento de la post-guerra, pretenden ignorar la historia de la república y sonreír ante un Santiago Pérez o un Miguel Antonio Caro.

Y por último, un anhelo sombrío a consagrar la existencia a luchar tan sólo por aquello que podríamos llamar con frase paradójica y bárbara, el ideal del confort, intenta deterrar el sentimiento heroico, edificar la moral sobre el sedimento corrosivo que surge de la brega por el pan, y adocinar a los hombres enseñándoles que como norma de acción valen más las alforjas de Sancho que el escudo y la erguida cimera de don Quijote.

Por eso nos reunimos aquí, no sólo porque el culto de los héroes sigue siendo empeño de todo gran pueblo histórico, sino porque el estudio de Bolívar, el espectáculo de su vida, la difusión de sus hazañas, el contacto con las páginas donde dejó con ardorosas fulguraciones la huella de su intelecto, son como preservación contra el morbo prosaico, contra el hartazgo burgués y contra la flojedad de la conducta civil.

Y por eso nos reunimos en hermandad perfecta con los hombres de la América entera, ya que si alguien tuvo conciencia continental, concepto de la unidad geográfica, política y moral de las naciones indohispánicas, fervor por los valores terrígenos, anhelo de una cultura autóctona americana, fue nuestro padre y libertador, que no sólo paseó sus armas por un mundo tan grande como Europa, sino que llevó sus estandartes de paz y sus sueños de solidaridad y de justicia a todos los rincones de las antiguas Indias de Occidente.

De tal manera que si un día nos viéramos obligados a concluir que dentro del bloque de la americanidad hay intereses no sólo heterogéneos sino contradictorios, afinidades materiales y morales con relación a diversos grupos de pueblos de más alta cultura, notorias barreras constituidas por los encontrados ideales políticos, desigual sensibilidad al juzgar de los sucesos de la vida internacional, emulaciones de prestigio, de progreso y hasta de raza, innegables aspiraciones de hegemonía de parte de los grupos mejor constituidos y más fuertes, siempre nos quedaría como terreno común indestructible, fuera de los tan repetidos conceptos de religión, lengua y contingüidad territorial, el ejemplo de Bolívar y el culto de Bolívar, cuya visión aquilina todos aquellos factores de disgregación alcanzó a percibir, señalando para todos penetrantes remedios, y cuya fe constructiva trazó oportunamen-

te orientaciones y rumbos que de haber sido cabalmente interpretados, habrían garantizado una concentración de energías capaz de superar el instinto caótico del aislamiento.

Y si tan lato punto de vista podemos formular respecto de la suma integral de nuestros pueblos, con cuánto mayor certidumbre debemos proclamar respecto de la constelación bolivariana, y aún más, de la latente Gran Colombia. Las naciones que recibieron entidad política a virtud de los trabajos de aquel puño de Hércules, no podrán jamás olvidar en la hora de sus conflictos y rivalidades, que hay una misma estatua que preside las plazas de sus capitales, y saldrán por esos en armonía y concordia aun de los improvisados fosos que abren la euménides locales. Y por lo que hace a las repúblicas gemelas que se abrigaron bajo una sola ley en el Congreso de Cúcuta, nada, ni siquiera la improbable imprudencia de un instante de delirio, podrá perturbar la sinfonía de aquellas tres palabras que debemos al lenguaje indígena: Carabobo, Pichincha y Boyacá.

He mencionado al Ecuador, al hablar de su más alta acción épica.

Hace años, en los tiempos de la adolescencia, aprendí de las gentes de mi nombre a ser un amigo y un admirador de la nación ecuatoriana, cuyo esfuerzo tenaz, cuya nobilísima emulación por tomar un puesto de vanguardia entre las democracias de América, cautiva la simpatía de cuantos se preocupan por la evolución de las ideas, por el progreso ascensional del arte, por el avance de las instituciones políticas en nuestra América.

No nació Rocafuerte por una simple coincidencia en la patria vecina y hermana. Su vehemente aspiración hacia la utilidad y el progreso, su ideario de un Estado fuerte en que la autonomía individual se sujete al bien público, su dilatada visión de pensador y su amor a todas las cosas del espíritu, reflejan las excelencias del pueblo ecuatoriano, que venciendo dificultades, sin duda mayores que las que han retardado la evolución de las otras naciones bolivarianas, ha logrado destacarse por el constante progreso de su legislación, por su fidelidad a los más puros principios de la justicia internacional y por su culto a las ideas y a todas las manifestaciones de la belleza artística.

Quien como yo tuvo el privilegio de departir durante días inolvidables con los hombres de pensamiento del Ecuador, de apreciar las grandes ejecutorias de su prensa periódica, de alternar con la hidalga y señorial sociedad de Quito y de Gua-

yaquil, y de contemplar las virtudes de gracia, de inteligencia y de distinción eximia de las damas que aprestan la tradición de cultura de la capital ecuatoriana; quien como yo ha sentido la cálida vibración de afecto, el espontáneo movimiento de fraternidad de las masas populares en las calles y plazas de la ciudad de Belalcázar, no podrá jamás desconocer que más allá del Mira y del San Miguel los colombianos no se sienten como huéspedes sino como miembros de su propia patria.

Respecto del Ecuador, al recuerdo preclaro de los abuelos y al acervo perillustre de las viejas glorias, hay que superponer la satisfacción de ciertas urgencias inmediatas que en el campo intelectual, en el material y en el moral experimentan los hombres de este siglo bajo el influjo de la investigación positiva y del análisis crítico.

Es preciso darle una vertebración más verdadera, más humana y más real a la cordialidad con nuestros hermanos del Sur. Es preciso integrar estructuras económicas que sobre la base de las necesidades y mediante el acicate de los intereses, nos lleven a un efectivo intercambio de productos y de ideas, de libros y de letras de cambio. Apenas se conoce por la masa colombiana, al través de lecturas fragmentarias, la trayectoria histórica de un Espejo, de un Olmedo, de un Moncayo, de un García Moreno, de un González Suárez.

Apenas se sabe cuáles son los renglones fundamentales de las exportaciones del Ecuador. Nuestras academias no se comunican, y nuestros Congresos, que podrían llegar a la unificación de los códigos fundamentales, no saben cuál es el trabajo que se cumple de cada lado de la frontera.

Es preciso reparar tanta incuria y es indispensable tener siempre presente que por encima de los errores o los prejuicios de algunos grupos dirigentes, los dos pueblos saben encontrarse y entenderse con una instintiva espontaneidad, que, debidamente encauzada hacia derroteros concretos de acción, puede transformar los aspectos de nuestra vida internacional.

No hemos sabido hasta ahora darle una vida orgánica a nuestras relaciones con la democracia limítrofe. Pero es tiempo todavía de sembrar en la tierra y de sembrar en el espíritu. El futuro ha de ser más fecundo. Puede y debe ser más fecundo.

Excelentísimo señor Carrión:

Habéis venido a Bogotá como representante oficial de la tierra de Alfaro. Y el gobierno y el pueblo de este país han

acogido con beneplácito singular vuestra presencia entre nosotros. Pero hace ya largos años que vuestras obras y escritos os habían constituido en Embajador de la cultura ecuatoriana ante la intelectualidad de Colombia.

Sois, por medio de la acción, de la palabra y de la pluma, un sembrador de ideas. Vuestro paso por el foro democrático, marcó espléndidas jornadas de renovación y de ética social en la vida política del Ecuador. Vuestras estrofas, que hoy parece habéis olvidado, como bagaje demasiado leve en vuestra ruta espiritual, son todavía repetidas con fervor y deleite por las juventudes de América.

Atahualpa, vuestra obra fundamental, os señala un lugar ilustre entre los escritores del Continente. En este libro admirable se revelan un historiador, un sociólogo y un hombre de letras de muy alta envergadura. Allí todo el drama vital de la raza se despliega con relieves magníficos, y sobre la frente adolorida del Prometeo autóctono, vuestros acentos vigorosos y profundos señalan distintamente la aureola de redención y el destino de comunión humana, generosa e ilimitada, que le están reservados a la América libre.

Sed bienvenido a la sociedad bolivariana. Este instituto ve en vos un descendiente espiritual del Libertador y un irreprochable ciudadano de la Gran Colombia. Al ofreceros una silla en esta asamblea, satisfacemos nuestro anhelo de disfrutar de vuestra fértil enseñanza espiritual, y pagamos un tributo a la gloria de Bolívar, que por ser inmensa como la órbita de un astro, recoge y confunde dentro de su cauce todo lo que es noble y duradero al través de los lindes de su imperio ideal.

CARLOS LOZANO Y LOZANO

Colegial, bachiller y doctor en Jurisprudencia de este Colegio Mayor.